



EL ULTIMO CIGARRILLO...

POZUELO

ENCENDIO un cigarrillo y ofreció otro a su compañera, que salía de la cama como de un naufragio: pálida, deshecha, titubeante, desnuda.

—Fúmallo con fruición. Son los últimos cigarrillos de nuestra vida.

—¿Nos van a fusilar ya?

—Todavía no. Pero los ministros nos advierten de que «el uso del tabaco puede ser perjudicial para la salud».

—Y ¿tenemos que atenderles?

—Claro. Si no estamos todos junto al Gobierno en estos momentos delicados, podríamos desestabilizar la democracia y dar lugar a un golpe de Estado. Hay que ser astutos. Por lo menos, hasta que termine el proceso. No conviene ninguna provocación.

«Ah», dijo ella, solamente «ah», y encendió el cigarrillo que le dio ese sabor cobrizo y esa pequeña náusea del primero del día, del de antes del desayuno. Es cuando más se nota que el tabaco hace daño; cuando más gusta. Pensó ella que cuando saliera del naufragio matinal y empezase a ser ella misma —es decir, la otra, la programada para la vida— tendría ánimo para repetirle una vez más la antigua historieta francesa, la de la antigua época de la lucha contra el alcoholismo. Habían puesto carteles en los que se leía: «El alcohol mata lentamente»; y los borrachos france-

ses, con esa profunda filosofía de su condición, escribían debajo: «Nous ne sommes pas présés». No, no tenemos tanta prisa como para buscar el cianuro rápido; la lentitud del tabaco es suficiente. Por lo tanto, sólo dijo «ah» y pensó que el segundo cigarrillo no le dejaría en la garganta, en el paladar, en los finos capilares de los bronquios, esa grata sensación de derrota, de natalidad, de muerte lenta, de estrago. Y se dirigió a tuestas —ciega por el exceso de luz— hacia el termo donde cada noche dejaba el café hirviendo para tomarlo tibio a la mañana siguiente, como un medicamento urgente y rápido, sabiendo que la pereza, la abulia y la torpeza del despertar no le dejarían preparárselo. El la seguía y hablaba.

—Deberían también advertirnos contra el café. Sobre todo, el café de por la mañana. Cae en el estómago vacío arrasándolo todo, erizando los nervicillos. Con el café y el cigarrillo de la mañana comenzamos a elevarnos la tensión arterial; una de las grandes causas de mortalidad en el mundo. Apuré el sorbo y, en efecto, comenzó a sentir las primeras náuseas: estaba viva.

—¿Qué necesidad tenemos de que nos prevengan contra lo que ya sabemos que es malo? ¿no eres capaz de dejar el café y el tabaco por tu propia iniciativa? —le preguntó.

—No, no lo soy. Tengo menos interés por mí, como persona, que el que tengo como ciudadano. Más bien diría

que mi gran vocación, mi gran fuerza como persona la pongo en ser buen ciudadano. El Estado necesita de buenos ciudadanos.

—¿Qué Estado? ¿es que ahora hay un Estado?

—Lo estamos construyendo. Si cada vez que tengo necesidad de un cigarrillo lo sustituyo por el grato pensamiento de que estoy ayudando así a la construcción del Estado democrático el placer es infinitamente mayor.

«Dios —pensó ella, mientras volvía a decir «ah»—, Dios, qué tonto se ha vuelto este hombre. Quien le recuerda conspirando en la Universidad, corriendo como un gamo y gritando como un energúmeno en las manifestaciones, bebiendo y fumando hasta el amanecer cuando discutía de los hallazgos doctrinales de mayo de 1968. Todavía tiene el músculo, la finura, la mirada brillante, el vientre plano, la cabeza erguida de entonces. Todavía tiene esa pimienta alegre de la juventud cuando se mueve. Pero se ha vuelto tonto, irremediamente tonto.»

—Cuando luchábamos entonces —dijo él, como si hubiera podido leer sus pensamientos— era para que llegase esto. No podemos renunciar ahora. Estaba claro que entonces para ser un buen ciudadano había que ir a la contra; y si nos mandaban la castidad, había que amar a todo pasto; si nos prohibían unos libros había que buscarlos y leerlos por encima de todo, hasta del aburrimiento. Si en-

EL ÚLTIMO CIGARRILLO...

tonces nos hubieran recomendado no fumar, yo hubiese fumado sin canso. Hasta el cáncer de pulmón hubiera arrostrado para contradecir la dictadura.

«¿Sería ya tonto entonces, y yo no me di cuenta?; ¿Sirvió de verdad la dictadura para enmascarar tontos?» Y, en voz alta.

«¿De verdad luchabas para que gobernase UCD?»

«Entonces no existía UCD, y ahora sí. No pasa de ser una hipótesis. UCD es una hipótesis de trabajo: nos sirve para medirnos, para buscar otras cosas, para darnos una noción del pasado y del presente y enfrentarnos con el futuro. El Estado es también una hipótesis de trabajo.

«Pues bien, sí: yo luchaba ya por una UCD que no existía: por si existiera alguna vez. Luchaba por todas las fuerzas políticas, por su equilibrio, por sus posibilidades. Tiene más votos, tiene más derechos; y tiene las responsabilidades del Gobierno.

«Entre las cuales está instarnos a que no fumemos...»

«Como lo hacen todos los gobiernos civilizados. Como luchan contra el alcohol, y aquí también se va a hacer. Lo ha explicado el ministro, lee aquí: «El ministro, fumador que tiene el propósito de dejar el hábito, como comentó, en su deseo de potenciar las medidas de Sanidad; reventiva, anunció próximas medidas restrictivas en relación con el consumo de drogas y de alcohol». ¡El mismo va a dejar de fumar, ya lo ves!

«¡Ah!»

«Y ésta es una cuestión objetiva, no política. Es una medida que no requiere la rebeldía.

«Como la acción judicial iniciada contra Alfonso Guerra por expresar sus opiniones con respecto al «proceso»... Como el juicio contra las mujeres que abortaron en Bilbao... Como la campaña por los polacos...»

«¡Verdades objetivas! Ya sabes cómo es Alfonso: un provocador. ¡Gae en todas las trampas que le tienden! Y no me dirás que abortar en Bilbao es una acción política: esas mujeres podrían haberlo hecho todo con más discreción. ¿Me negarás que los polacos tienen una dictadura militar que les coarta las libertades?»

«¡Ah!»

Se había vestido lánguidamente, perseguida siempre por el conformista, por el hombre que luchó, fue

perseguido, sancionado, discriminado y alguna vez apaleado: y que estaba padeciéndolo todo para poder llegar, alguna vez, a ser conformista. ¿Por qué luchaban entonces? No podía ser sólo para ser legalizados, para llegar a un coche oficial o para poder formar un Parlamento en el que tirarse al suelo un 23 de febrero. Tenía que haber algo más, o ella lo creyó y lo creía. Que ese hombre a su lado luchase para dejar de luchar le parecía demasiado triste, demasiado sencillo. ¿No estaban luchando por lo que podría llamarse su vida cotidiana, y la de sus semejantes? La vida cotidiana es, probablemente, el objetivo de toda la historia, de todos los grandes movimientos. Y ahora —este tonto, este profundamente tonto— se deja dirigir la vida cotidiana. «En esto ha transformado su aventura; en un miedo continuo a todo: al tabaco, al aceite, al alcohol, al sexo...» Y le preguntó, de pronto:

«¿Y el sexo?»

Tuvo un respingo de virilidad ofendida:

«No creas que tengo ninguna queja —dijo, con alguna perfidia, el conformista—; y creo que no puedes tener ninguna de mí. Pero tampoco debemos dejar que el sexo ocupe la parte esencial de nuestras vidas. Nos envenenaron con eso ¿comprendes? Eran las restricciones, las prohibiciones, el castigo o el pecado los que nos llevaron a alucinarnos con el sexo. Y el pobre Reich, y sobre todo el pobre Freud. Con su formación judía, con su culto fálico... Creyeron que ese «algo» que faltaba en nuestras vidas era el sexo, y que las represiones sexuales ahogaban nuestro impulso vital. En realidad, estaban disfrazando una realidad mucho más amplia. El sexo, el tabaco, el alcohol y ahora las drogas, son alucinaciones que nos impedian ver cómo era el verdadero tejido social que nos oprimía. Era lógico que luchásemos contra esas formas de presión: pero, ahora, cuando ya somos libres, somos nosotros mismos quienes debemos limitarnos y moderarnos, vigilarnos continuamente. ¡Qué más quisieran ellos que nos deshiciéramos por el alcohol, el tabaco y la pornografía, los elementos que nos arrojaban antes fingiendo que los reprimían. Limitémonos, y no nos limitarán.

«¡Ah!»

«Limitémonos y no nos limitarán:

una hermosa frase para definir nuestro tiempo. La frase con la que nos han ganado. Limitemos las aspiraciones sindicales y laborales, y no tendrán que prohibir los sindicatos; limitemos lo que puede decir la Prensa, y no habrá que quitarle su libertad. Aceptemos que no hay puestos de trabajo y los empresarios no tendrán que cerrar y despedir a los que sobreviven. Aceptemos que procesen a Alfonso Guerra y así evitaremos que le den el «paseo» al amanecer. No nos manifestemos en las calles, y nadie nos pegará en la espalda, nadie disparará bolas de goma contra nosotros. Limitémonos, y si no es suficiente con lo de ahora, limitémonos más. Aceptemos una buena enseñanza religiosa y disciplinaria para nuestros hijos y les evitaremos la angustia de tener que ser revolucionarios el día de mañana. Aceptemos que lo de Polonia es el mayor escándalo que vieron los siglos, y así no nos polonizarán a nosotros.» Y repitió:

«¡Ah!»

«De todas formas —dijo él, ante la respuesta de ella— no creo que sea necesario que emplees la dialéctica conmigo. Sacar el tema del sexo, en este momento, es como una provocación... Si quieres una demostración ahora mismo...»

«Dios mío, haz que no le desprecie —pensó dirigiéndose a un Dios en el que no creyó ni de niña, pero que siempre le pareció un interlocutor válido—; haz que le odie por esta tontería jactanciosa que acaba de decir, pero no que le desprecie. El odio se acaba pronto, pero el desprecio permanece siempre, y yo no le quiero despreciar...»

«Ahora tengo prisa —murmuró, aceptando con mansedumbre el estúpido desafío—; no quiero llegar tarde al trabajo.

«Eso de ninguna manera. Nosotros debemos dar ejemplo; que se vea que somos los primeros en cumplir.

«Sigue diciendo 'ellos', sigue diciendo 'nosotros'; es un tic que se le ha debido quedar desde entonces. O es de verdad una construcción psicológica que tiene en su sistema de relaciones y que él mismo comprende; pero que ya nadie puede comprender fuera de él. Nadie sabe ya quienes somos nosotros, ni quienes son ellos. Quizá él sea ya un poco ellos... Probablemente porque se cree, o debe creerse, que ellos empiezan a



ser un poco él. No, no es enteramente despreciable, no es despreciable. Es alguien que creyó que había llegado a la meta, y se dio cuenta de que la meta no existe, ni existirá nunca; y se la está inventando. Por eso prefiere ponerse sus propios límites: cree que se los pone él, porque lo están haciendo de manera que él se lo crea...». Pero sólo dijo:

«¡Ah!
-No sé si eres capaz de comprender esta verdad, la de este momento preciso: que nuestra lucha consiste en dejar de luchar. Que no nos vean como enemigos, que sepan que somos capaces de aceptar un orden que ni siquiera está en nuestras doctrinas. Ni barbas, ni pantalones vaqueros arrugados y descoloridos, ni comedillas en viejas tabernas simpáticas: ni llegar tarde al trabajo, ni ser perezosos. Tenemos que comprender cuál es, ahora, el sentido del trabajo, de la cooperación social. Que no nos vean como unos desharrapados o como unos viciosos, como unos marginales. Que vean claramente que tenemos

nuestra moral, nuestra ética: y que la moral y la ética de la convivencia no son esencialmente distintas cuando se tienen distintas ideas políticas...»

«¡Ah!
-Quizá todo lo que tiene es miedo. Tiene derecho a tenerlo. Las fuerzas que hay por encima de nosotros son ridículas, pero poderosas: tienen en sus manos que nuestras muertes sean ridículas y grotescas; y hasta que sean ridículas y grotescas nuestras vidas, como empieza a serlo la de él. Pero antes no tenía miedo, y era todo peor...».

-La política consiste en esta sutileza. Aceptar una conformidad para modificar la realidad y que los otros acepten la conformidad que les pedimos... «Y yo misma ¿no soy una conformista? Soy una conformista de él; trato de aceptar lo que dice, de no contradecirle. Trato incluso de no despreciarle, y de no sentir odio. Trato de ser precisamente esa mujer que ya no soy, y no podré ser nunca más. Probablemente también tengo miedo. Miedo de volver a luchar y de

volver a empezar: con otro, con otros... También me he instalado con él porque ya no quiero luchar; o porque he luchado, yo misma, para no tener que seguir luchando.»

-Y márchate ya, que vas a llegar tarde...

-Y tú, ¿qué harás?

El hombre se encogió de hombros:
-Volveré a buscar trabajo. Tengo un amigo que me ha dicho algo de unos niños que necesitan un preceptor... Unos niños de una familia de derechas, comprendes, que quiere que tengan ese toque de sensibilidad de la izquierda, ese mismo «esprit» que a ellos les falta... No sé de todas maneras si me admitirán. Deben saber algo de mi pasado. Pero es un trabajo que conviene. No ya por el dinero que necesitamos, sino como misión: que los niños de esas familias comiencen a respetar a la izquierda y que, cuando lleguen a hombres, recuerden los principios que nos han escuchado...

«Séneca fue el preceptor moralista, de izquierdas, de Nerón; y cuando Nerón se dio bien cuenta de lo que le había enseñado Séneca, le mandó matar. Ben Barka fue el preceptor del príncipe Hassan, el preceptor de izquierdas de un príncipe de derechas que, cuando llegó a Rey, manejó los hilos para que matasen a Ben Barka en París... Quién sabe si estos niños, en el caso de que existan, sean los que le fusilen dentro de veinte o treinta años, si no les han adelantado otros a los que no puede ser suficiente su conformismo...» Abrió la puerta mientras él le daba sus últimas recomendaciones de cómo debía comportarse en la jornada para no provocar a nadie, para resultar una ciudadana ejemplar, ocultando, incluso, que no estaban casados. Hay cosas que les irritan y pueden producir cualquier barbaridad...

Cuando bajaba la escalera, encendió un cigarrillo. «Es el segundo de todos los últimos cigarrillos de mi vida, de los cientos de miles de cigarrillos que me quedan por fumar todavía; como los que va a encender hoy él mismo, prometiéndose cada vez que es el último, y que a partir de ese va a ser un ciudadano ejemplar... Tonto, tonto, se ha vuelto tonto. Y, después de todo, no veo por qué no puedo empezar a despreciarle a partir de hoy. El primer desprecio de todos los últimos desprecios de mi vida...». ■